

La Voz del Dependiente

ORGANO DE LA SOCIEDAD DE DEPENDIENTES DE COMERCIO E INDUSTRIA DE SALAMANCA

AÑO II

Se reparte gratis.

Salamanca, 8 de Junio de 1916

Redacción y Administración:
Calle Zamora, núm. 24.

NUM. 3

NUESTRO PROGRAMA

Limitación de horas.—Descanso dominical.—Respeto á la asociación.—Unión.—Montepío de socorros en caso de enfermedad, inutilidad física ó muerte.—Intervención de sueldos fijando el mínimo.—Ampliación de clases de instrucción.—Asistencia gratuita de medicina y farmacia.—Pensiones para visitar los países extranjeros.—Bolsa general y garantía del asociado.

Relaciones entre jefes y dependientes

—Ya sabía que mi visita había de sorprenderle, pero el objeto que la motiva, es de tal importancia, que bien merecía la pena de producirle ésta sorpresa y la molestia consiguiente.

—Señor Rosal, no negaré que su visita me ha sorprendido, pero me apresuro á asegurarle que lejos de producirme molestia, aun ignorando el objeto que la motiva, me es muy grato recibirla y bien quisiera que usted lo creyese así firmemente.

—No me permitiré dudarle, pero dada la inmensa distancia que nos separa en ideales y procedimientos temía—lo confieso lealmente—que el odio que ustedes sienten hacia los jefes que no simpatizan con las sociedades llamadas de resistencia, fuera motivo para que viera usted con desagrado mi presencia en este sitio. No obstante, señor Ferrán, he tenido siempre un alto concepto de su cultura y su educación.

—Me va usted á permitir, señor Rosal, que rectifique una afirmación que acaba usted de hacer. Los que como yo luchan (por medios legales) por conseguir un átomo de mejoramiento para la clase que tan dignamente somos acreedores, no profesamos ni podemos profesar odio personal á ningún ser humano, porque sus ideas sean diametralmente opuestas á las nuestras.

Nosotros no luchamos contra los hombres, ni predicamos doctrinas de odio ni de persecución. Es este un error en que ustedes incurrirán muy frecuentemente, á pesar de todo el interés que por nuestra parte ponemos en demostrarles lo contrario.

—No me negará usted, sin embargo, que en sus propagandas tratan ustedes de colocar siempre frente á frente como verdaderos enemigos, á los dependientes y á sus jefes.

—Me veo en la necesidad de negarlo. En nuestras propagandas lo que tratamos de demostrar, es que los intereses de los unos y de los otros, son antagónicos, y por lo tanto que es absurdo empeñarse en armonizar estos intereses. Y si predicamos ó propagamos esto, no es por un capricho de nuestra fantasía, es por que así resulta de los hechos, sin que esté en nuestra mano evitarlo, y si ustedes examinarán sin prevenciones nuestros escritos ó nuestros discursos, verán con cuanta frecuencia afirmamos que

las personas nos merecen todo género de respetos.

Es más, nosotros afirmamos que los mismos jefes no son personalmente responsables del presente estado de cosas, del incumplimiento de las leyes que benefician á la clase y de las injusticias sociales, pero como quiera que aun sin ser los causantes, son los mantenedores y defensores de semejante estado; nuestros esfuerzos y nuestras luchas que se dirigen contra los privilegios de tales injusticias, han de herir necesariamente los intereses privados de los jefes. Laboramos, pues, por la destrucción de los privilegios, pero no por la destrucción de los seres privilegiados.

—¡Ay, amigo mío! La intención de ustedes será esa, pero el resultado de sus propagandas es muy distinto. Voy á referirle á usted un hecho práctico, y de este modo empiezo también á explicarle el motivo de mi visita. Ya usted sabe que soy propietario del comercio llamado *Sinfín*, donde tengo empleados unos cincuenta dependientes; hasta hace poco todos ellos, no tan sólo cumplían exactamente sus obligaciones, sino que eran modelo de prudencia, de respeto y de sumisión; jamás se atrevió ninguno á replicar al encargado y mucho menos á mí; nunca se propasaron tampoco á tener ni á ponerme de manifiesto exigencias de ninguna especie, constituíamos una verdadera familia.

Pero he aquí que empiezan ustedes á propagar sus ideas societarias, consiguieron ustedes fundar esa sociedad que llaman ustedes de resistencia, y desde entonces el personal de mi comercio, se transforma por completo; dejaron de ser prudentes y sumisos, para convertirse en altaneros y rebeldes; han llevado su osadía hasta el extremo de venir hasta mí en comisión, para exigirme un aumento en los salarios. Aquella casa que parecía habitada por una sola familia, se ha convertido en una mansión donde se albergan todos los odios y todos los rencores. Vea usted, pues, si sus predicaciones dan el resultado que ustedes se proponen. Esto es lo que quería ponerle de manifiesto, para que viera los perjuicios que á todos nos causa con sus propagandas, acaso—no lo dudo—sin que esa sea su intención y sin darse cuenta de ello; pero ya conoce usted el mal, á ver qué remedio encuentra usted para él.

—Veo, señor Rosal, que al sorprenderse por hechos tan sencillos y naturales, se olvida de que sus

dependientes, como nosotros, son criaturas que han de vivir y manifestarse, según el medio que les rodea y los elementos de que pueden disponer. Olvida usted que los trabajadores, como los poderosos, son seres que tienen necesidades, que tienen aspiraciones y deseos, pero en fin, trataré de dar una explicación á lo que tanto parece sorprenderle y estoy seguro de que si usted reflexiona serenamente sobre lo que he de decirle, no encontrará usted tan extraña la conducta de sus dependientes y hallará justificación á su cambio de conducta.

—Le escucho á usted.

—Si en un tiempo sus dependientes fueron pacientes, sumisos y resignados; si nunca se atrevieron hacer una reclamación en defensa de sus intereses y sus derechos, no era, créalo usted, porque estuvieran satisfechos con su situación económica y con el trato que se les diera. Yo no creo que exista ningún hombre que se sienta satisfecho de padecer privaciones y de sufrir malos tratos. Su resignación, su prudencia y su mutismo, en rigor, era miedo, era también ignorancia. Temor y miedo á que por una reclamación ó una protesta individual, el que la plantease, sufriera las consecuencias de su atrevimiento, con el despido del comercio y la última miseria para los suyos. Ignorancia por que aun no habían comprendido que esa misma reclamación y esa misma protesta, formulada colectivamente, produce efectos muy opuestos.

Su resignación, por lo tanto, era obligada, era la resignación del forzado, que sabe que un intento de rebeldía, puede costarle, cuando menos, una agravación de su pena. Esa forzada pasividad es la que usted ha interpretado—igual que otros—como demostración de que sus dependientes se hallaban satisfechos con su suerte y siguiendo este mismo razonamiento, usted vivía tranquilo, creyendo buena mente que también sus dependientes vivían en el mejor de los mundos; sin sospechar que bajo aquella aparente docilidad, bajo aquella mansedumbre superficial, rugía un mar de deseos, de aspiraciones, un horrible malestar producido por necesidades no satisfechas, por actos de humillación á su dignidad, por ataques á sus derechos de hombres libres; un torrente que sólo esperaba una ocasión propicia para desbordarse, para mostrarse en toda su pujanza y con toda su impetuosidad.

—Pero si nadie les obligaba á callar sus necesidades. Si yo siempre he estado dispuesto á conceder cualquier favor que se me pida, si puedo concederlo.

—Usted lo ha dicho. Está dispuesto—como otros, como todos—á conceder cualquier favor, si puede concederlo; pero es que un favor—en mi humilde opinión—no es, no puede ser, el precio de un servicio recibido, sino la concesión graciosa de algo útil para el que lo recibe, sin derecho á restituirse por parte del que lo otorga. Si estamos de acuerdo en este punto, reconocerá usted que entre la concesión de un favor y el pago del justo precio de un servicio que se nos ha prestado, hay una enorme diferencia; de lo contrario, el que nos prestó el servicio, se encontraría con el mismo derecho para asegurar que nos ha concedido un favor. Sus dependientes realizan para usted servicios útiles, á cambio de una determinada remuneración. Si un dependiente, por lo tanto, solicita un aumento en su salario, no es porque demanda un favor, es que cree que no se le paga en justicia lo que debe percibir, pide una cosa que cree que le pertenece.

Así, pues, cuando en sus dependientes se ha operado ese cambio, que tanto le sorprende, en virtud de haberse dado cuenta del valor de sus reclamaciones colectivas, han dejado de ser los hombres prudentes por impotencia, para convertirse en hombres que razonan sobre su situación y tratan de mejorar ésta por el único medio que está á su alcance. Ahora bien, en vez de solicitar lo que usted llama favores, piden que se le haga justicia, porque estiman justo lo que piden y á esto lo llama usted exigencias. En realidad no hacen más que plantear una cuestión de derecho, para cuya resolución satisfactoria ha de considerarse á las dos partes igualmente beligerantes. Ellos tienen un indiscutible derecho á justipreciar su trabajo, que es la única propiedad que poseen, como usted tiene un derecho indiscutible á aceptar ó rechazar su precio.

—De manera que los jefes no tenemos derecho á fijar los salarios que han de ganar nuestros dependientes?

—Según eso tendríamos que aceptar á la fuerza lo que quieran exigirnos, sin tener en cuenta si la industria ó el comercio permite ó no aceptar esas condiciones.

—Vamos por partes. La relación del jefe con el dependiente, al con-

tratar las condiciones de trabajo no debiera ser otra que la relación del comprador, respecto del vendedor ó comerciante. Vamos á ver, ¿quién es el que pone precio á las mercancías en todos los comercios, el comerciante ó el comprador?

—El comerciante, en eso no hay duda.

—El comerciante, ó sea el vendedor, ¿no es así?

—Efectivamente.

—¿Se cuidan muchos comerciantes de averiguar si los compradores disponen ó no de lo necesario para adquirir sus mercancías?

—Indudablemente que no. Ellos fijan sus precios, y el que pueda ó quiera que los compre.

—Perfectamente. Pues los trabajadores, en nuestro caso, son los comerciantes, que son los vendedores de su fuerza de trabajo; por lo tanto, ellos son los que deben fijar el precio de su mercancía y aquel á quien le convenga, que la adquiera.

En esto no hay exigencia ni imposición de ningún género, puesto que el capitalista queda en libertad completa de adquirir ó no la mercancía trabajo; si la adquiere, es porque le conviene, esto es, porque ve en ello un beneficio positivo, y si no la adquiere, puede seguir dando satisfacción á sus necesidades con los medios económicos de que dispone. No hay nada, en fin, que materialmente le obligue á aceptar las condiciones fijadas por los dueños de la fuerza de trabajo.

Además hay en favor de los trabajadores, que éstos casi siempre están seguros de que sus compradores disponen de medios sobrados para adquirir la mercancía, esto es, que cuando formulan una reclamación, están seguros de que la industria permite que se conceda, porque afortunadamente éstos conocen un sistema de contabilidad que no falla nunca, esto es, al final de cada ejercicio averiguan—por-

que esto es sencillísimo—qué beneficio líquido ha producido la industria al jefe; y convencidos de que una disminución en ese beneficio líquido no perjudicaría en nada, absolutamente en nada á la industria ó al comercio y en cambio beneficiaría sus intereses menguados, plantean la reclamación, seguros de la posibilidad de atenderla.

—De todas maneras y volviendo al punto de partida de nuestra conversación, con esta disparidad de criterios, con esta divergencia de opiniones, lo cierto es que la vida de relación entre jefes y dependientes se hace cada vez más violenta, se hace imposible la paz y con ello padecen los intereses de ambas partes. Ustedes hacen negación de aquel respeto que siempre se ha guardado á los superiores, negando la autoridad del jefe, y sin aquel respeto y esta autoridad, es imposible llegar á una inteligencia mútua. Ustedes persiguen para todo, una igualdad inadmisibles.

—Pero señor Rosal, ¿de dónde sacan ustedes, que nosotros negamos el respeto y el principio de autoridad? ¿De dónde sacan ustedes que nosotros pretendemos una igualdad absoluta para todas las cosas y para todos los casos de la vida? Es que ustedes se obstinan en confundir los términos del problema. Es que ustedes se obstinan también, en ver en el dependiente, no un sujeto de derecho, sino un esclavo eterno. Ustedes entienden por respeto, la sumisión incondicional de sus subordinados á su voluntad ó á la de sus encargados.

Nosotros creemos que el respeto consiste y se fundamenta en la mútua observancia de principios que deben regular entre todos los hombres, en guardarse mútuamente las

debidamente consideraciones. No puede concebirse que un hombre sea respetuoso con otro que le merme sus derechos, que le injurie, ó que quiera imponerle caprichosamente su voluntad.

Ustedes tienen también, á juicio nuestro, un concepto equivocado del principio de autoridad y de su superioridad. La autoridad en todos los órdenes, debe asentarse sobre principios de razón y de justicia.

A. S.

El VIII Congreso

Ha sido designado nuestro presidente señor Mulas para que asista al Congreso VIII que ha de celebrarse en Madrid y que empezará el 21 de los corrientes.

Referido Congreso ha de ser el más importante y trascendental de los celebrados hasta hoy, y buena prueba de ello es que á él asistirán representaciones de todas las Sociedades españolas de dependientes de comercio, industria, banca, etc.

El señor Mulas se propone desarrollar los temas que sirven de encabezamiento á nuestro número de hoy.

Su entusiasmo por nuestra causa son garantía de la labor que ha de llevar á cabo, y en este sentido esperamos que el resultado no se hará esperar, beneficiando los intereses de la dependencia española.

UN GRAN TRIUNFO

Jornada honrosa. Noble actitud.

Aun resuena en mis oídos el efecto de los aplausos espontáneos con que demostraron su beneplácito á las bases acordadas; en aquella sesión quedaron bien grabadas en mi espíritu los efectos de la conquista, un sentir íntimo me producía alegría indescriptible, contemplando aquel manojó de honrados trabajadores que habíanse aprestado á la lucha dejando á un lado preocupaciones y pensando tan sólo en el triunfo. Como societario no pude menos de agitar como ellos las manos para aplaudir; era la menor compensación que podía alcanzar mi entusiasmo ante aquel cuadro tan digno de hombres conscientes, de aguerridos luchadores, de seres que anidaban en sus pechos un sentimiento varonil y que había opuesto á la avaricia patronal, la resistencia del fuerte, el valor de la razón, y la justicia de los derechos que reclamaban.

Así se lucha, así se alcanza el triunfo, así las esperanzas se realizan, así se dignifican y avaloran los intereses colectivos, y al término de la jornada podeis sentir el orgullo de los buenos, de aquéllos que, cumpliendo sus deberes de ciudadanía, han realizado una gran obra humana, puesto que vuestros triunfos alcanzan más que á vosotros á cuantos luchamos por el bienestar de los que producen, de los que con su trabajo contribuyen á engrandecer los pueblos de aquéllos que mereciéndolo todo, nada tienen, y no solamente carecen de ello, sino que se les niega el derecho de adquisición.

Marx dijo que si los ricos pudieran hipotecar, haciéndose los dueños del aire y la luz, lo mismo que de las riquezas, nos privarían de estos elementos indispensables para la vida; pues si ellos así nos arre-

batieran lo que á todos por igual pertenece, justo es que lo mal adquirido, lo que poseen debido al esfuerzo de los nuestros, vayan devolviéndonoslo.

La humanidad no puede permitir y menos consentir, que mientras sobran manjares y regalías á quien no trabaja, se mueran de hambre y miseria quienes todo lo producen.

Seguid luchando y pensando siempre que el principio no puede nunca ser el fin.

Habéis subido el primer peldaño y si vuestra unión colectiva es tan fuerte, tan prieta y tan noble como lo ha sido en la etapa pasada, llegareis á la cumbre ó pináculo de vuestros justos derechos.

Nosotros nos asociamos sinceramente al triunfo que habéis logrado y os agradecemos vuestras enseñanzas, ansiando que muy pronto sigamos la senda por vosotros iniciada, para que aquél se haga extensivo á nuestra desheredada clase.

Reciban también nuestra enhorabuena los compañeros que como Millán y Cordoncillo han sabido interpretar fielmente vuestras aspiraciones y que con su acierto se han hecho acreedores á nuestra mayor estimación. ¡Viva la Unión!

Lumas.

Huid de quien se aleja de asociarse á vosotros, seguros de que nunca ha de beneficiaros su compañía.

Nuestras denuncias

Cumpliendo acuerdos de nuestra directiva, se ha dirigido una solicitud á la Junta local de Reformas Sociales, en el sentido de que sea considerada nula la información pública llevada á cabo por referida Junta, sobre la conveniencia del cumplimiento en nuestra ciudad del descanso dominical, en virtud de haber sido informada en sentido contrario por la Cámara de Comercio, Asamblea Círculo Mercantil y Sindicato de Comerciantes, cuyas tres entidades se hallan integradas por los mismos elementos y además haber acumulado también en contra el número de varias secciones de la Federación Obrera, cuya representación general acordó por unanimidad en el Congreso celebrado únicamente con tal objeto, emitir informe favorable, como se demuestra por haber figurado nuestra petición en las conclusiones elevadas al Gobierno con motivo de la Fiesta del Trabajo el 1.º de Mayo.

También ha sido enviada la denuncia de la falta de cumplimiento de referida Ley, dentro de la excepción que establece la Real orden de 5 de Octubre de 1905, por parte de los taberneros y de aquéllos que no siendo artículos á que alcance la excepción permanecen abiertos después de las dos de la tarde.

Igualmente se exige el cumplimiento de la Ley de Protección á la Infancia, para que los dependientes de comercio é industria menores no trabajen en domingo, ni mayor número de horas que las que la Ley establece en los laborables.

Por esta vez esperamos la solución de nuestra Junta local de Reformas Sociales, seguros de que la rectitud de su presidente señor la Riva no consentirá que de nuevo sea resuelta esta cuestión con la parcialidad con que siempre procedieron en contra de nuestras legítimas aspiraciones.

Si así no sucede, cumpliremos nuestros deberes y haremos que cada cual cumpla los que le corresponden, fustigaremos á quien lo merezca y llegaremos hasta el extremo de echar á quien, alejándose de lo que la Ley determina, trate de perjudicarnos, pues contamos para ello con fuerzas suficientes y con la ayuda de todas las sociedades obreras, que no consentirán que se nos atropelle, privándonos de disfrutar aquellos beneficios establecidos por la Ley.

Quien está tranquilo en el cumplimiento de los deberes que su cargo le impone, no admite ingerencias extrañas en la defensa de sus aspiraciones, rechazando con valentía imposiciones de quienes al amparo de una engañosa protección tratan de coartar su libertad de acción.

EL 1.º DE MAYO

¿Cómo no recordar en las columnas de nuestra Voz, fecha tan memorable para la clase trabajadora? ¿Cómo no sentir satisfacción al gozar de ese día tan señalado para el proletariado mundial? ¿No fué en esta fecha cuando la clase productora puso un freno á la avaricia capitalista? Entonces, ¿por qué no glosar un canto en su honor como los antiguos juglares lo hacían á la belleza?

Fué ayer, cuando para conmemorar la Fiesta del Trabajo, se congregaron en el local de la Federación Obrera hasta llenarlo completamente, todos los que comulgan con las mismas aspiraciones, todos los que sienten en sí mismo el derecho á la emancipación, y era grandioso el golpe de vista que el amplio local ofrecía; en el rostro de todos se podía leer el entusiasmo que por esta fiesta tienen; desde aquellos, que á pesar de los años transcurridos, cuando llega este día sienten que sus corazones rebosan de alegría por haber sido ellos los que instituyeron en esta evocativa y tradicional ciudad, la más gloriosa de las fechas que registra la historia contemporánea y que con más deleite recordará la humanidad; hasta esos pequeñuelos que con sus caritas sonrosadas y sus ropitas domingueras realizaron la fiesta, llevando sobre sus delicados hombros rojas banderas, que al ser flameadas por el viento, formaban fantástico dosel, bajo el cual aparecía con letras, que los rayos del sol hacían más luminosas, la siguiente estrofa:

Bajo este regio dosel que el obrero construyó, sólo podrá descansar el trabajo y la honradez.

Y al ver cómo oprimían el astil de la bandera con sus tiernos brazos, hacían pensar que mañana, éstos que hoy son débiles serán fuertes, ciclopeos, porque los vigorizarán con el trabajo y para amoldarlos mejor estuvieron en contacto continuo con la fuerza bruta que posee la Naturaleza; por eso, si las necesidades de la vida exigieran un día, que esos brazos empuñen otras herramientas más pesadas que las de costumbre, estos no sentirán el cambio y caerán con todo el ímpetu de sus corazones como clava de Hércules, sobre el ya ruinoso edificio social.

También coincidió con esta fiesta un triunfo, que nosotros hemos de consignar en nuestro periódico; me refiero al obtenido por nuestros compañeros los ferroviarios.

sobre la usurera compañía de Medina á Salamanca.

Pocas huelgas han sido planteadas con más motivos, y que éstos sean más justificados, que la llevada á cabo por el Sindicato de Medina á Salamanca, por eso su triunfo fué completo y llenó de júbilo á la opinión en general, pues la muralla formada por el capital fué derribada, hecha pavesas, reducida á la nada, y no dirán que hubo necesidad de echar mano á morteros extraordinarios para reducirla á la impotencia. No; bastó para ello que los compañeros que integran dicho sindicato se unieran en apretado lazo, en fraternal solidaridad, y de esta manera identificados y con la ayuda tan poderosa que los brazos cruzados prestan hicieron el movimiento.

¡Sabeis de algún movimiento huelguístico en que el orden y la sensatez observada por los huelguistas se parezca á éste! Creo que no existe ninguno.

¡Qué hermosa lección nos han dado, compañeros! Fijaros con detenimiento y observareis, que al igual que ellos, sentimos en lo íntimo de nuestro corazón un grito rebelde que nos dice: si trabajas con entusiasmo porque el comercio sea próspero y las utilidades sean mayores, ¿por qué no exiges la parte que te corresponde? ¿Por qué te amoldas á la caridad del jefe? Piensa que para luchar con él no tienes más defensa que la Asociación, por eso dirige todas sus iras hacia ella, pero ésta, á pesar suyo y demás corifeos, aparecerá espléndida y majestuosa y no podrán jamás empañar con su fétido aliento la vitrina sobre la cual descansa.

Esto es para recordar á mis compañeros desde cuándo data y por qué se celebra el 1.º de Mayo.

¡Salve, fecha memorable, día sacrosanto! A vosotros, víctimas inmolados por el ideal, á vosotros que conquistásteis la palma del martirio por defender los derechos del hombre; y derramásteis vuestra sangre en holocausto de una causa noble y santa, yo os dedico estos renglones como testimonio de gratitud que un alma os guarda, porque vuestro ejemplo dignificó una vida, y si vosotros, lectores amigos, sentís conmiseración por ellos, sumaros á los que continúan su obra, y la oración que de nuestros labios brote como ofrenda á su calvario, se eleve á lo infinito donde viven sus espíritus que ellos transformaran en escala, por la cual nosotros ascenderemos como premio al deber cumplido.

La Federación de los trabajadores de los Estados Unidos y Canadá acordó, en un Congreso celebrado en Chicago, el año 1884, declarar la huelga general, en demanda de la jornada de ocho horas el 1.º de Mayo de 1886. Llegó la fecha señalada, se produjo la huelga; la policía atropelló á los huelguistas, regando con su sangre las calles de la populosa é industrial Chicago, y el día 4, mientras un pelotón de guardias atacaba á los obreros, estalló una bomba entre las filas de ellos, matando á unos cuantos. La autoridad no buscó al autor del atentado y detuvo y condenó á muerte á los obreros que, por su inteligencia ó actividad, más se habían distinguido en aquel movimiento.

Que los detenidos eran inocentes, lo demostraron los trámites del proceso; los dijo la prensa obrera del mundo entero; lo confirmó, más tarde, la investigación abierta por el gobernador del Illinois integérrimo, que puso en libertad á los condenados á presidio, á consecuencia de aquella hecatombe, publicando, además, una memoria en donde se

probaba, con infinidad de detalles y de pruebas, que los que habían sido condenados á muerte eran tan inocentes del delito que se les imputó como el mismo presidente de la República norteamericana.

Durante los dos ó tres primeros años, el 1.º de Mayo, fecha de la huelga, y el 11 de Noviembre, aniversario del asesinato, fueron días de ingratos recuerdos y de gratas esperanzas.

Así se siguió en todos los países, protestando de tamaño desafuero, hasta que el año 1889 (tres años después), en un Congreso socialista que se celebró en París, se resolvió que el 1.º de Mayo fuera fiesta de los trabajadores.

Agapito Hueso.

Quien no se asocia es el enemigo mayor de sí mismo.

La obrera

¡Redención, redención! Sí; pero ¿cuándo?
¡Ay! El castigo justo del granuja que explota á la mujer y que la estruja siempre será tardío y siempre blando.

El hombre es fuerte, se resiste al mando, lucha si quiere, y cuando puede empuja; pero las pobres siervas de la aguja no pelean jamás: mueren callando.
Dramas de la miseria en que, vencida, como flor por el viento combatida, se agota y cae la pobre costurera: salid al escenario de la vida para que, al ver su dignidad perdida, sienta rubor la Humanidad entera.

Sinesio Delgado.

SE IMPONE LA UNIÓN

El tiempo pasa y esta explotada clase á la que tengo la honra de pertenecer, sigue durmiendo el sueño de los justos.

Compañeros más expertos que el que estas cuartillas escribe, vienen colaborando continuamente y trazando caminos á seguir para que nuestra situación mejore; y no me cabe la menor duda de que el 95 por 100 de los dependientes se ocupan más de cosas estériles que de darse cuenta de la situación porque estamos pasando; no se conducen de que somos el azote de la humanidad y que después de servir de carne de cañón, regando con nuestro sudor el último rincón de la esterilidad, cuando hemos producido todo lo que puede una juventud, y cuando agotadas nuestras fuerzas no somos los mismos jóvenes de antes, entonces nos consideran como á los yunques, que á fuerza de machacar en ellos se convierten en trasto inútil y son arrojados al barril de la chatarra.

Aun existen compañeros que más que dependientes son esclavos y víctimas de las tiranías patronales más feudales, pues no sólo pasan la vida sin ver más que la valla del mostrador y el semblante del amo, sino que son explotados en sus actos: se les prohíbe asociarse, llevar vida íntima con los demás compañeros, y, lo que es más ínfimo, se negocia con sus pequeños intereses.

Así, pues, compañeros, es necesario que nos reivindiquemos, es preciso que meditemos que somos hombres capacitados, que no gozamos de libertad, que tenemos derechos y leyes legisladas que son pisoteadas, que acudimos á las autoridades para que dichas leyes se hagan cumplir y no cumplen, siendo ellas cómplices de tales abusos.

¿Cómo se evita esto? Organizán-

donos, siendo todos una sola voz, una sola idea, y unidos todos formaremos inmensa avalancha que arrollará la esclavitud y nos hará hombres libres.

Hernanrepe.

DE ACTUALIDAD

En estos días en que los elementos productores se revuelven y agitan empujados por la carestía y el hambre insoportables; en estos días en que unas tras otras van surgiendo crisis sobre crisis, en las que se reconcentra el malestar de las clases productoras cansadas de crear riqueza sin que para ellas obtengan otra compensación al esfuerzo de sus músculos y el cerebro que la miseria y el dolor; en estos días en que una como nube densa y negra parece va cerniéndose sobre nuestras cabezas, amenazando cada día con mayor intensidad ahogarnos con sus viciosas emanaciones; en estos días de preocupación, de zozobra y angustia en que soplan horribos vientos de fronda y se sienten á punto de estallar los odios y ansias reivindicadoras, transmitidas de generación en generación y reconcentradas y mal comprimidas en un sentimiento de protesta, aunque acallado, cada día más persistente; en estos días... ¿qué hace el dependiente de comercio é industrias? ¿Qué es de nuestros compañeros? ¿Cuál es la actitud de nuestra clase?

En estos días de carestía y de hambre diríase que nuestra clase, la mayoría, al menos, de nuestros compañeros, pueden contarse en el número limitado de los privilegiados, de los satisfechos, de los felices; tal se desprende del silencio, de la inmovilidad, de la apatía y despreocupación de los mismos. Diríase que para la mayoría de nuestros compañeros, para la generalidad de nuestra clase, no han sufrido elevación los precios de los artículos de primera necesidad, la vida se desliza suavemente sin privaciones, gozando de espléndidos sueldos que les permite subvenir con largueza á todas las necesidades, aparte de disfrutar de una jornada insignificante de trabajo.

Y, sin embargo, no es así; plenamente estamos convencidos de ello. Sufrimos la mayoría de nosotros con tanta ó más intensidad que las demás clases sociales las consecuencias de los presentes trastornos económicos; somos sin duda más víctimas que los otros y más que ninguno hemos de arriesgarnos en el difícil equilibrio en sostenernos para mantener la ficticia posición de nuestro engañoso rango. Pero callamos, aguantamos y soportamos, con paciencia de mártir, todas las restricciones, todas las privaciones y los mayores sacrificios.

Y este comportamiento nuestro en estos días en que todas las clases productoras y transformadoras de riqueza se quejan, claman, protestan, piden y exigen es indigno, es despreciable, es bochornoso, nos hace acreedores de la desconsideración y de la afrenta de todos aquellos que en un gesto viril admirable, presentan cara á la adversidad para luchar con entusiasmo y fe por la conquista del derecho á la vida que corresponde á quien ofrenda cuanto es y vale á favor de la sociedad.

No es que nosotros quisiéramos ver á nuestra clase enzarzados en luchas violentas, cuyas consecuencias son siempre fatales para ambos contendientes; es que nos dis-

gusta ese parasitismo, ese encogimiento de hombros por todo y ante todo, es que consideramos deprimente pertenecer á una clase en que la mayor parte de sus individuos no sienten necesidad de mejoramiento y progreso, que no experimentan ansia de cultura ni anhelos de libertad, que se conforman con todo y se avienen á todo, sin efectuar el más nimio esfuerzo por hacer valer los derechos conquistados, ni menos son capaces de preocuparse de adquirir nuevas mejoras. Es que nosotros, que sentimos esas ansias de cultura y esos anhelos de libertad, nosotros que procuramos y nos esforzamos por mantener nuestros derechos y conquistar nuevas mejoras, nosotros que además de la vida del trabajo y de sujeción aspiramos á sustentar otra vida de reposo, de relación y de libre ejercicio de nuestras particulares afecciones, quisiéramos ver á nuestros compañeros poseídos de este noble afán de regeneración, de superación, de perfeccionamiento profesional y de mejoramiento particular, moral y material.

No somos unos cuantos inquietos, quisquillosos y descontentos los que así nos manifestamos, somos los que observamos la marcha del mundo y el avance de los tiempos y no queremos resignarnos á quedar rezagados en todos conceptos para mal nuestro y deshonra de nuestra generación; somos los que nos inspiramos en el ejemplo de los demás, de los que se hallan más bajo que nosotros y de los que están más elevados que nosotros, y vemos que unos y otros, en las actuales circunstancias, se mueven, actúan, hacen sentir sus deseos, sus aspiraciones, sus necesidades, y si no todo, logran algo. Vemos á la clase patronal pidiendo protección para sus industrias y facilidades para el desarrollo de su comercio; vemos á las clases obreras, hasta las más modestas, pedir con voz recia y ademán enérgico mejoras en el trabajo y retribución.

Todos luchan contra el medio ambiente y se revuelven para sobreponerse á él... Sólo la clase nuestra, el prototipo de la clase media, el dependiente de comercio, se somete insensible y resignado á los acontecimientos, aguardando impávido que la tempestad estalle, sin procurar ponerse á salvo y confiando en el favor individual ó en alguna milagrosa mano que le saque por arte de encantamiento del atolladero.

El admirable movimiento socialista actual que en los momentos en que escribimos estos renglones se sostiene con un tesón y una firmeza que causan el desconcierto y preocupan notablemente en las fuerzas opuestas, y atrae hacia sí toda la atención de España entera, nos ha inspirado á trazar estas ligeras consideraciones, esta nueva lamentación por el mal de que adolece nuestra clase, víctima, cual ninguna otra, de su incuria, de su abyección y de su abandono propio. Y con gran nobleza de alma, preñados de un acendrado cariño hacia los vuestros, velando por los intereses más sagrados impuestos por un deber ineludible del cumplimiento de nuestros sentires más arraigados é íntimos, gritamos fuertemente y para que todos lo oigan: ¡La salvación está en vosotros; todavía es tiempo!

Lumas.

Desconfiad siempre del jefe que trate de alejaros de la asociación, seguros de que no persigue otro fin que el de aprovecharse de vuestra inferioridad.

Por la cultura

A LOS POBRES DE ESPIRITU

Recuerdo á mis amigos Antonio, Ramiro y Enrique.

¡Ignorancia! Triste enfermedad que á los hombres convierte en víctimas y esclavos de seres que en su vida sintieron el amor.

¡Miedo! Irrisoria palabra, pues nunca fué medroso y jamás le arredró nada aquel que puso por valla su conciencia y su deber.

¡Odio! Pura verdad que alguien quiere que exista entre dos almas hermanas, sin fijarse que á la nada nosotros la reduciremos.

¡Amor! Emblema sacrosanto que un mártir nos legó, para que nosotros todos libres de rencores y prejuicios lo sintiéramos en nuestro corazón.

A. H.

Nuestra unión

Sin que hubiera precedido una causa que lo justificara, noble es confesar que existían algunas diferencias entre nuestra colectividad y la Federación Obrera. Debido á los últimos acontecimientos y revelado por nuestra Sociedad la solidaridad que estaba dispuesta á demostrar con los acuerdos tomados por la Federación Obrera y Unión Ferroviaria, con motivo de la huelga de la sección de M. S., han desaparecido por completo aquellas nebulosidades y ello ha servido de base para que queden obviadas las dificultades que se oponían á esa relación común que debe unir á todos los productores, llámense obreros, ya manuales ó intelectuales, puesto que todos luchamos por un mismo ideal, que estrecha y unifica aspiraciones que nos son comunes.

No importa que por razones especiales, y que á ellos son fáciles de comprender, no nos hallemos federados, pues esto lo consideramos de poca monta cuando se trata de defender intereses que á todos por igual benefician.

Congratulémonos de esta unión, que unifica y estrecha nuestra amistad, y que cuando sea necesario todos cumplamos con el entusiasmo natural los deberes que nos correspondan, sin que jamás vuelvan á entibiar nuestra unión rencillas ó caprichos mal definidos, que alejen á quienes formando una sola familia estamos obligados á prestarnos la ayuda necesaria y á compartir entre unos y otros las consecuencias que las circunstancias determinen.

Ideas al viento

Cuando el bronco estampido del cañon cese, cuando todo ese contingente de brazos que empuñan armas homicidas vuelvan á coger los útiles del trabajo y la actividad comercial extienda nuevamente por todo el ámbito de la tierra los productos que el genio creador del hombre amasó en su cerebro, y que esa inmensa legión de seres que á trueque de llevar el bienestar á sus hogares, no desmayan

ante la ruda faena que tienen que realizar para darles forma, pues saben que el trabajo, por duro que sea, será la alegría y felicidad de la familia.

Los unos, que desde el fondo de las minas sacan de las entrañas de la tierra el carbón que alimenta á esos monstruos, que con sus fauces enhiestas, pronto á convertir en líquido el hierro y acero que en ellas entre, y que manos expertas, sin temor al arsénico que de ellos emana al entrar en los condensadores, hacen esos lingotes llenos de fuerza y solidez que vemos devastar y pulir en las fundiciones, para que en forma de volantes y émbolos, los otros puedan ajustarlos á esas máquinas que más tarde admiramos en fábricas, campos y talleres.

Pues si de tal forma ha de transformarse la vida actual, si hemos de sentir nosotros también esa transformación, ¿por qué no estar preparados para cuando llegue? ¿Nos ha de ser indiferente? ¿En esta contienda el comercio no será el primer factor? ¿No habeis pensado, compañeros, que en la lucha que se avecina el caduceo de Mercurio ha de ser la bandera de combate? ¿O nuestro espíritu está inundado por las aguas tranquilas del Leteo?

Sea lo que fuere, nosotros debemos de pensar que mañana, cuando la tragedia que asombra al mundo concluya y se haga el balance de brazos, éste aparecerá con un déficit que es preciso nivelar y en esta nivelación estará nuestro desengaño por falta de conocimientos mercantiles.

Porque si bien es verdad que muchas veces las alzas de los productos son debidas á la escasez de los productores, también es cierto que la cotización de ellos guardan relación con la calidad de quien los produce y, ¿cómo vamos nosotros á pretender llenar la diferencia que existe entre la calidad de los productos y la escasez de los productores? ¿Con qué medios contamos? ¿Cuáles son nuestros conocimientos técnicos? ¿Cuándo la dependencia de comercio ha sentido ansias de saber, de elevarse, de salir de esa rutina que la tiene postrada en la más despreciable de las modorras? Nunca; alineados en perfecta corrección tras el mostrador como productos de farmacopea esperando la llegada del comprador, al cual solícitos acuden pronto para atenderle con la proverbial solitud que les caracteriza, creyendo que con esto dan por terminada su labor. No, amigos míos, no; las corrientes modernas también se han filtrado en el comercio y ya no es aquello de vender este ó el otro artículo con más ó menos apreciación, no. El porvenir del dependiente está en comprender el internacionalismo; y si no, ¿qué pensaremos cuando por el Mediterráneo, ese mar azul por donde el alma griega se lanzó á la conquista espiritual del mundo, y por el fiero y soberbio Atlántico veamos llegar á nuestra patria esos grandes

vapores abarrotadas sus bodegas de productos, que á pesar del coste que por derechos de introducción pagan, compiten con los nuestros y hasta los aventajan, si no en calidad, en presentación? ¿Por qué es esto, preguntareis? Yo os digo: mirad, observad la marcha de todas las naciones que tienen su desarrollo en los mercados extranjeros y vereis que á todas aquellas que integran su vida comercial, se les estimula, se les asocia y se les protege para que ellos contribuyan con su actividad, su inteligencia y sus brazos á fomentar y engrandecer el comercio que fué, es y será el estandarte de la civilización y del progreso; y nosotros á laborar hasta conseguir que el nuestro sea uno de los primeros, ya que lo es por nuestra posición topográfica.

Y de esta forma nuestro paso por la tierra y nuestra lucha por la vida no habrá sido estéril, y la ventaja que á nuestros sucesores leguemos nos harán recordar que á pesar del pesimismo de los utopistas de nuestra clase y de su retraimiento de nuestra asociación, no implicó para convertir lo que ellos creían imposible en axiomático, y en nuestros corazones sentiremos la satisfacción del bien obrado, mientras que ellos sentirán en los suyos los escozores de los bajos fondos que los mina, por no haberse conocido ellos mismos.

Agapito Hueso.

¿Quiénes huyen de la asociación? Aquellos que no cumpliendo sus deberes temen el castigo que sus actos merecen.

Nuestros infelices «compañeros»

Los indiferentes

Aquí abundan éstos que es un primor. Es la prolongación de lo indefinido. Y ellos mismos, los indiferentes, son tan indefinidos que no se conocen, y no saben cómo son, ni cómo deben de ser y cómo serían si fueran de otra distinta manera.

Los hay que es un dolor moral el verlos en la vía pública, ó detrás del mostrador, en amplia plazuela, confundido con otros «compañeros» que no siendo como él, tienen, no obstante, que imitarle en algo, siquiera en no asociarse, por las constantes amenazas del jefe, que las circunstancias sociales le hayan deparado.

Es decir, que no tienen medio metro de sentido social ni de espíritu de compañerismo. Así conocido entre nosotros, es un personaje mudo y callado. No sabe las puertas que tiene el café, la sociedad, la amistad, solo, sin amigos, cruza su miniatura y defectuosa figura física entre todos, y todos le desconocemos y nadie le saludamos.

Suponemos no tendrá queja de nuestra generosidad. Para nosotros no supone nada.

Imprenta y Librería de F. Núñez.

Al trabajador

Rosario de Acuña.

No basta que asistas con ánimo favorable á este gran movimiento que se vuelve en beneficio tuyo; debes prestarle tu apoyo. El primer impulso para la redención del trabajo debe proceder de tí. Si quieres que el mundo te salude, debes llevar alta la frente; pero para llevarla, necesitas levantar también el ánimo. Si quieres entrar en el ejercicio de la nueva idea, debes sacrificar á ella una parte de tu reposo y de tu paz; debes cumplir con más ardiente celo tus deberes de obrero, pero resistir á quien quiera sojuzgar tu conciencia de ciudadano; debes despojarte, bajo la disciplina de la idea, de rencores y celos; hacer un esfuerzo intelectual poderoso para apropiarte los argumentos y conquistar la palabra con que se justifican y se demuestran tus aspiraciones; debes aprender, mejorarte moralmente, dar ejemplo de dignidad, de vida, de equidad, de bondad, de ánimo, no solamente con respecto á las clases superiores, sino entre tus compañeros y en tu familia; debes hacer respetar y amar la santa bandera á la cual consagras tu corazón y confías tu derecho y tu esperanza.

Edmundo de Amicis.

Los jefes que cumplen sus deberes nada temen de la asociación; al contrario, en ella encuentran la garantía de la bondad de sus actos.

